

9

**EL TEATRO.**

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

---

EL AMOR

Y LA SOTANA,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

*Julia?*  
J, y T DE ASENSI.

---

**MADRID.**

ALONSO GULLON, EDITOR.

PEZ.—40.

OFICINAS: POZAS—2—2.º

1878.

10



JUNTA DELEGADA  
DEL  
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la  
**Biblioteca Nacional**

Procedencia

LIBRERAS

N.º de la procedencia

2806.

**EL AMOR Y LA SOTANA.**



# EL AMOR Y LA SOTANA,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

**J. Y T. DE ASENSI.**

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro MARTIN de esta córte  
la noche del 4 de Marzo de 1878.



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.  
1878.

**PERSONAJES.**

**ACTORES.**

LUCÍA.....	D. <sup>a</sup> CÁRMEN VALERO.
DOÑA AMPARO.....	D. <sup>a</sup> ELADIA GARCÍA.
LORENZO.....	D. ENRIQUE COSTA.
DON JOSÉ, sacerdote.....	D. PASCUAL ALBA.
DON TOMÁS.....	D. SALUSTIANO MUÑOZ.

---

La escena en una aldea.—Época actual.

---

Esta obra es propiedad de D. ALONSO GULLON, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lirico-Dramática, titulada El Teatro, de dicho señor GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL DISTINGUIDO ACTOR

**DON ENRIQUE COSTA.**

Gracias á tu inteligencia de artista y al escrupuloso celo que has demostrado en la direccion y desempeño de esta comedia, hemos conseguido un éxito muy lisonjero para nosotros.

Nos impulsa por lo tanto á dedicártela, no sólo la amistad que te profesamos, sino los deberes de la gratitud y el agradecimiento,

*Los autores.*

Digitized by the Internet Archive  
in 2019 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

---

## ACTO ÚNICO.

---

Sala modestamente amueblada en casa de D. Tomás. Puertas laterales y en el fondo. Á la izquierda del espectador una mesa con varios libros. En el fondo una ventana por la que se descubre un jardín.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA AMPARO y D. TOMÁS.

AMPARO. En vano quiere ocultar  
que la mata alguna pena,  
pues su frente ántes serena  
hoy la doblega el pesar.

TOMAS. Á su edad nada entristece.

AMPARO. Algo tiene.

TOMAS. No lo creo.

AMPARO. Yo que soy su madre veo  
que su corazon padece.  
Más de una vez que creía  
que yo me hallaba distante  
he visto por su semblante  
que una lágrima corría.  
Si en lo que su mal consiste  
sabe que intento inferir,  
me abraza, suele reir,

pero su risa es muy triste.  
¿Piensas tú que oscurecida  
para mí puede quedar  
su pena, si de mi hogar  
es la joya más querida?  
Si sabes que mis enojos  
cesan si en ella se agotan,  
y si llora también brotan  
las lágrimas de mis ojos.  
¿Cómo he de ignorar, Tomás,  
cuando el dolor la taladre  
si el corazón de una madre  
no se equivoca jamás!

TOMAS. Para llorar no hay razón  
en los años juveniles.

AMPARO. ¿Acaso á los quince abrilés  
no se tiene corazón?

TOMAS. Penas de poco interés  
que solo amargan un día.

AMPARO. Tomás, mi pobre Lucía  
ya lleva así más de un mes.

TOMAS. ¿Qué ha de causar su dolor  
en el fondo de esta aldea?

AMPARO. No hay quien me quite la idea  
de que su mal es amor.

TOMAS. ¡Amor! ¡Cuántos desatinos!  
¿Á quién había de amar  
en este pobre lugar  
que cuenta veinte vecinos?  
Además á nadie ve  
como sabes.

AMPARO. Es lo cierto;  
que guarda penas advierto  
y explicármelas no sé.

TOMAS. ¡Las hembras! Á Dios bendigo  
porque no me dió ninguna.

AMPARO. Tomás, es una fortuna,  
francamente te lo digo.  
Bien amarga es la misión  
que el cielo á la madre ha dado,  
tanto amor, tanto cuidado  
sin hallar compensación,

y cuando la infancia pasa  
y más el alma la adora,  
un hombre ve, se enamora,  
deja á la madre y se casa.

TOMAS. Aun de niños ménos mal,  
pero cuando son mayores  
nos dan muchos sinsabores.

AMPARO. ¿Pues y los hijos?

TOMÁS. No tal.

Si no á mi Lorenzo ve  
que un disgusto no me ha dado,  
y esó que algo preocupado  
me tiene á veces.

AMPARO. ¿Por qué?

TOMAS. Me complace con ardor,  
por mí estudia teología,  
pero una monomanía  
le ha dado por ser pintor.  
Siendo sacerdote tiene  
seguro su bienestar,  
y se dedica á pintar  
más de lo que le conviene.  
Después de Dios, él venera  
en su entusiasmo sencillo  
á Velazquez, á Murillo,  
á Zurbarán y Rivera.  
Y cuando se encuentra á solas  
está contrito rezando,  
ó los lienzos imitando  
de esas glorias españolas.  
En fin, si es que se da prisa  
en terminar la carrera,  
ántes de lo que él espera  
pienso que ha de cantar misa.

AMPARO. Es muy dócil.

TOMAS. Vocacion

no le falta.

AMPARO. ¿Y no ama el mundo?

TOMAS. Tan sólo un desden profundo  
inspira á su corazón.

AMPARO. Mas ¿tu cariño no ve  
que le separas de tí?

TOMAS. Que puede quedarse aquí  
asegura don José.  
No dejará de buscar  
grandes empeños de fijo  
con objeto de que mi hijo  
no se mueva del lugar.  
De mi vejez será el faro  
y en sus brazos moriré.  
(Llaman á la puerta del fondo.)

AMPARO. Llaman.

TOMAS. Será don José,  
corre á abrir la puerta, Amparo.  
(Amparo abre.)

## ESCENA II.

DICHOS, D. JOSÉ.

AMPARO. Buenos dias, don José.

TOMAS. Mucho ver á usted celebros.

JOSE. He pasado por aquí  
y resistir al deseo  
de entrar no me fué posible,  
y á verles un rato vengo.  
¿Cómo está Lucía?

AMPARO. Buena.

JOSE. ¿Y Lorenzo?

TOMAS. Tambien bueno;  
hace ya más de dos horas  
que por aquí no le vemos.

JOSE. ¿En qué se ocupa mi ahijado,  
en estudiar?

TOMAS. Eso creo.

AMPARO. El pobre no hace otra cosa.

TOMAS. Pues aún no estoy satisfecho.

JOSE. ¿Cómo?

TOMAS. Hace un sólo instante  
que á Amparo estaba diciendo  
que se ocupa muchos ratos,  
más de los que yo deseo  
en pintar.

AMPARO. Le agrada mucho.

JOSE. Ningun mal existe en eso.  
TOMAS. Tan sólo sandeces pinta;  
hace muy poco, en Enero,  
terminó un cuadro que él  
quizá lo hallase muy bello,  
mas que á mí no me gustaba,  
y tuvo el atrevimiento  
de remitirlo á Madrid,  
y hubo más, hizo ponerlo  
en la exposicion.

AMPARO. Tal vez  
el cuadro no fuese bueno  
como Tomás asegura,  
pero yo me encanté al verlo.  
Era un retrato exactísimo,  
precioso, de cuerpo entero  
de mi niña.

JOSE. ¿De Lucía?  
AMPARO. Rizado y suelto el cabello,  
animada la mirada  
y los labios entreabiertos  
por una dulce sonrisa  
pura cual sus pensamientos.  
Cerca de ella muchas flores,  
algunos árboles lejos,  
dos viajeras golondrinas  
hácia su patria volviendo  
atravesando veloces  
el sereno firmamento.  
Lucía cuando lo vió,  
dichosa y al propio tiempo  
conmovida, se detuvo  
frente al cuadro de Lorenzo  
y le dijo:—«Escucha, primo,  
tan bien tu pintura encuentro,  
que al entrar pensé que estaba  
mirándome en un espejo.»  
Este elogio á mi sobrino  
le dejó muy satisfecho.

TOMAS. Todo eso son necedades.

AMPARO. Por pintar no pierde el cielo.

JOSE. Al contrario; con placer

- veré algun dia los frescos  
de la iglesia restaurados  
por él, hay algunos buenos.
- TOMAS. Si pintase cuadros místicos...  
Yo le encargué un San Mateo  
una vez, pero fué en balde,  
y un San Juan, y aún no lo ha hecho.
- JOSE. Ya lo hará.
- AMPARO. Su alma es de artista.
- JOSE. Por eso vuela tan lejos,  
y por eso lo mundano  
le causa inquietud y tédio,  
que él aspira á lo divino.  
(Á Tomás.) Realizando tu deseo  
y el mio, que es su ventura,  
pues sabes lo que le quiero,  
pronto será sacerdote  
tu excelente hijo Lorenzo.  
Apenas esto suceda...
- TOMAS. Permita Dios que sea presto.
- JOSE. Ya tiene su porvenir  
asegurado.
- TOMAS. Es muy cierto,  
y no hay duda que el muchacho  
ha nacido para eso.
- JOSE. Además de realizar  
su más entusiasta anhelo,  
que es ser ministro de Dios,  
tu hijo Lorenzo habrá hecho  
los estudios más profundos  
que le es dado hacer á un clérigo.
- TOMAS. Tendrá una buena carrera,  
por eso estoy tan contento.
- JOSE. Carrera que siempre inspira  
veneracion y respeto  
y ha de colocarle pronto  
en el honorable puesto  
que forma y siempre ha formado  
la aristocracia de un pueblo.  
El sacerdote, el alcalde,  
el boticario y el médico  
son entidades muy dignas

de estimacion y de aprecio.  
Además el sacerdote  
en su santo ministerio  
puede hacer bien, mucho bien;  
visitar al triste enfermo,  
prestar al necesitado  
ó su ayuda ó sus consuelos;  
si es orador, desde el púlpito  
dar excelentes consejos,  
salvar almas, mision bella  
que pocos hombres tenemos.  
Tambien nosotros gozamos  
de un apacible contento  
si la santa caridad  
con los pobres ejercemos.  
Nadie ve como nosotros  
el mal, ni pone el remedio,  
y esto á Lorenzo de fijo  
debe agradarle en extremo.

AMPARO. ¡Pero es tan jóven!

JOSE. ¡Tan jóven?

TOMAS. Así tiene mayor mérito  
que jóven renuncie al mundo.

JOSE. Igual jóvenes que viejos,  
doña Amparo, usted bien sabe  
que servir á Dios podemos.

### ESCENA III.

DICHOS, LUCÍA que entra por una de las puertas laterales.

AMPARO. Aquí está Lucía. Niña,  
ve á don José.

LUCIA. Ya le veo:  
don José, venga esa mano  
para darle en ella un beso.

TOMAS. La muchacha estará triste,  
pero yo alegre la encuentro.

AMPARO. Sus mejillas que eran rosas  
hoy son azucenas.

TOMAS. Cierto,  
mas si está bella y contenta

- quién va á reparar en eso.
- JOSE. Les voy á dejar muy pronto.
- LUCIA. ¿Se va usted? Cuánto lo siento.
- TOMAS. ¿Cómo, sin ver á su ahijado?  
¿Sabes dónde está Lorenzo? (Á Lucía.)
- LUCIA. Estudiando como siempre,  
solo, con un libro abierto  
delante, y los ojos fijos  
lo mismo que el pensamiento.  
Hablando siempre en latin;  
ó mejor dicho leyendo,  
y enfadándose conmigo  
cuando á interrumpirle llego.  
«Lucía, déjame en paz,  
si aquí te quedas no leo,»  
me dice, y yo le respondo:  
«Estar quieta te prometo,  
quiero ver qué cara ponen  
los que estudian para clérigos.»
- JOSE. Ni debes interrumpirle.
- TOMAS. No le debes decir eso.
- LUCIA. Me fastidio de estar sola  
y me aburre su silencio.  
Lorenzo desde la infancia  
ha sido mi compañero;  
saltábamos á la cuerda,  
que en saltar era maestro...
- TOMAS. Tiene hoy cuidados más graves.
- AMPARO. Cállate, Lucía.
- LUCIA. Bueno.
- JOSE. Ahora voy con el doctor  
á visitar á un enfermo.
- TOMAS. Yo tambien voy á salir  
á ver las viñas; espero  
me permita acompañarle.
- JOSE. Tendré gran placer en ello.
- LUCIA. ¿No llamo á su ahijado?
- TOMAS. No,  
déjale.
- JOSE. Dile á Lorenzo  
que he de volver á la tarde.
- LUCIA. Voy á decirlo al momento.

(Corre hácia la puerta.)

AMPARO. Dónde vas?

LUCIA. Donde me mandan.

AMPARO. Deja, ya le hablarás luégo.

(D. José y D. Tomás se marchan por el fondo.)

## ESCENA IV.

DOÑA AMPARO y LUCÍA.

AMPARO. Ven, hija del alma, ven,  
estás mejor, hija mia?

LUCIA. Pero madre, qué manía,  
si yo me encuentro muy bien.

AMPARO. Guardas en tu corazon  
penas que ocultar procuras.

LUCIA. Tantas veces lo aseguras  
que harás que tenga aprension.  
Vuelvo á decirte que nada  
turba mi felicidad.

AMPARO. Ya no juegas.

LUCIA. Es verdad,  
pero es que estoy enfadada.

AMPARO. ¿Que estás enfadada?

LUCIA. Sí,  
mi primo me tiene enquina,  
me llama *zangolotina*  
y hasta se burla de mí  
cuando juego.

AMPARO. Bromas darte  
querrá.

LUCIA. Pues no me acomoda,  
yo sé que su rabia toda  
es porque no toma parte.

AMPARO. ¡Jugar él tan sosegado!

LUCIA. ¿Qué, piensas que le disgusta?  
pues poquito que le gusta  
el *escondite tapado*.  
Varias veces le invité  
y aceptó con efusion,  
sabe vestirme el lloron.

AMPARO. ¡Sabe vestirle!

- LUCIA. Sí á fé.
- AMPARO. Pues entónces la verdad,  
para burlarse...
- LUCIA. Eso digo,  
mas si él no juega conmigo  
lo encuentra una necesidad.  
Que estoy muy alta asegura  
para jugar y correr;  
mira qué tendrá que ver  
el juego con la estatura.  
Mas... francamente te digo  
que hace algun tiempo que advierto  
que tampoco me divierto  
cuando él no juega conmigo.
- AMPARO. Este cambio es natural,  
ya vas siendo una mujer.
- LUCIA. ¿De modo que debo ser  
un poquito más formal?
- AMPARO. Claro, jugando no pecas,  
pero, hija mia, á tus años  
son placeres muy extraños  
el lloron y las muñecas.
- LUCIA. Todas las voy á guardar;  
pero entónces ¿que he de hacer?
- AMPARO. Algunos ratos leer  
y otros coser ó bordar  
como yo.
- LUCIA. Pues desde luégo,  
adios muñecas y flores,  
desde hoy pondré las labores  
en sustitucion del juego.  
Ya de empezar tengo prisa  
y lo haré sin pesadumbre,  
quiero adquirir la costumbre  
para cuando él cante misa.  
(Estos dos últimos versos los dice con tristeza y  
abandonando su habitual tono de niña.)  
Ahora le voy á buscar,  
le diré que no me riña  
que ya no soy una niña,  
que no me gusta jugar;  
que no tendrá quien le quite

que hacer estudios tan buenos  
... tal vez eche de ménos  
el lloron y el escondite.

(Toma á su madre de la mano y ambas desaparecen por la izquierda, mientras Lorenzo entra por la derecha y dirige una mirada á su alrededor.)

## ESCENA V.

LORENZO.

Nadie, me agrada el estar  
á solas con mi aislamiento,  
y dejar al pensamiento  
que pueda libre volar  
cual las aves en el viento.

Dios mio, dame valor!

y dime lo que he de hacer,

que ignoro en mi padecer

si ser mártir del amor

ó esclavo de mi deber:

¡Olvidarla! Necio afán

de mi pobre desvarío!

¿Quién detiene al huracán,

quién pone diques al río

y obstáculos al volcán?

¡Clérigo! De esa mision

yo no soy digno á fe mia,

pues arde en mi corazón

la llama de una pasión

que nunca sé extinguiría!

Mas no importa, lo primero

es el deber aunque trunque

mi amor, y olvidarle quiero;

tambien es duro el acero

y toma forma en el yunque.

Y aunque la amo por mi mal

con invencible pasión,

ha de doblérgase igual

el poder del corazón

que la fuerza del metal.

(Se dirige resueltamente á la mesa sentándose de-

lante de ella y abriendo uno de los libros.)

## ESCENA VI.

LORENZO, LUCIA.

LUCIA. ¿Hola, Lorenzo, qué tal?

LOR. Muy bien, y tú, prima mia?

LUCIA. ¿Ya estás con la teología?

¿Estudias mucho?

LOR. Tal cual.

LUCIA. ¡Huy! Estás hecho una fragua

(Cogiéndole las manos.)

Lorenzo, te arden las sienes,

(Tocándole la frente.)

estos libros que tú tienes

te vuelven los sesos agua.

Vaya, deja de estudiar.

LOR. ¿Y si mi padre volviera?

LUCIA. ¿Es tu padre alguna fiera?

¿piensas que te va á pegar?

Tiempo tienes de leer

cuando yo no esté presente.

¿No los dejas?

LOR. Obediente

quiero á tu mandato ser. (Cierra el libro)

LUCIA. Así me gusta, Lorenzo,

vas siendo muy mal mandado.

¿Hoy pintaste?

LOR. Ni he tocado

con el pincel en el lienzo.

LUCIA. ¿Por qué?

LOR. Porque hay que estudiar

cosas de mayor valía,

estudiando teología

no hay tiempo para pintar.

Siempre de un arcano en pos

sin hallar la consecuencia,

es la más difícil ciencia

porque es la ciencia de Dios.

LUCIA. Así el arte olvidarás

y no harás otro retrato.

LOR. Con el arte seré ingrato  
pero olvidarle... jamás.  
Como la débil arista  
que arrastra en su paso el viento  
mi espíritu llevar siento  
tras los ensueños de artista.  
Yo noto en mi gérmen santo  
que nunca podré explicarte,  
y que me lleva hácia el arte  
con su poderoso encanto.  
y cuando en mi ciego ardor  
llego á tomar la paleta,  
descansa mi mente inquieta  
y hasta respiro mejor.  
¡Mas ay! que es locura vana,  
pues la realidad cruel  
me hace dejar el pincel  
por la modesta sotana!

LUCIA. Si no tienes afición  
dí á tu padre que es locura...

LOR. Se ha empeñado en que sea cura  
sin medir mi vocación.  
Á Dios tengo amor profundo,  
como todos le venero,  
pero renunciar no quiero  
siendo tan jóven al mundo.  
De mí ya encontraré en pos  
peligros con que luchar,  
que también puede un seglar  
hacer mérito ante Dios.

LUCIA. Claro, á tu padre procura  
disuadir.

LOR. Es imposible,  
su deseo es invencible.

LUCIA. ¿De modo... que has de ser cura?  
(Con tristeza.)

LOR. ¡Qué remedio!

LUCIA. Sublevarte,  
no aceptar su pretension  
y seguir tu vocación  
por el camino del arte.  
Tu padre se enfadará,

querrá realizar su empeño,  
tal vez te ponga mal ceño,  
pero te perdonará.

Dar de virtudes ejemplo  
podemos, cosa es sabida,  
sin sepultar nuestra vida  
en la austeridad del templo.

Yo soy buena, y no es lisonja  
que me dirijo, no obstante  
no me ha ocurrido un instante  
la idea de hacerme monja.

Yo ambiciono disfrutar  
realizando mi capricho,  
y luego... madre me ha dicho  
que yo me podré casar.

LOR. No hay duda que esa es tu estrella,  
tan bonita é inocente  
como eres tú...

LUCIA. (Con coquetería.)

Francamente,  
Lorenzo, me encuentras bella?

LOR. Decírtelo ya es añejo,  
que el espejo con razón...

LUCIA. Me agrada más tu opinión  
que la opinión del espejo.

LOR. ¿Y á quién no le ha de agradar  
esa frente nacarada,  
más pura é inmaculada  
que las espumas del mar?

¿Ese talle airoso y leve,  
esos labios virginales,  
conchas de finos corales  
que guardan perlas de nieve?

¿Esa mirada, Lucía,  
que en llamas esplendorosas...

LUCIA. Primo, enseñan esas cosas  
los libros de teología?

LOR. No tal.

LUCIA. Porque si aprender  
se pudiera todo eso,  
francamente te confieso  
que los quisiera leer.

LOR. Si es que no te causa enojos  
ni lo ves como un ultraje,  
te diré que ese lenguaje  
sólo lo aprendí en tus ojos.

LUCIA. ¡En mis ojos! ¿Cómo fué  
aprender tanto primor?

LOR. Mirándoles con amor.  
¿Tú me amas, prima?

LUCIA. No sé.

(Esta contestacion la da encogiéndose de hombros  
despues de una ligera vacilacion.)

LOR. ¡No sabes!

LUCIA. Es natural,  
yo nunca novio he tenido  
ni otro amor he conocido,  
primo, que el amor filial.

LOR. Vamos, deja tu rubor  
y alza del pecho la frente;  
pero prima, formalmente,  
no sabes lo que es amor?

LUCIA. Jamás ese sentimiento  
yo me he podido explicar.

LOR. Pues bien, yo te he de enterar  
si quieres en un momento.

Vaga inquietud en el alma  
que nos impide dormir,  
gozar y á la vez sufrir,  
sosiego y falta de calma,  
tranquilidad y temor  
que nos seduce y lastima,  
esto á mi parecer, prima  
recibe el nombre de amor.

LUCIA. Y el que curarse procura  
de esa enfermedad impía,  
¿qué hace?

LOR. Va á la Vicaría.

LUCIA. ¿Y quién le da alivio?

LOR. Un cura.

LUCIA. De modo que si á notar  
llegase ese mal mañana,  
¿tú vendrás con tu sotana  
primo, y me podrás curar?

- (Con maliciosa candidez.)
- LOR. ¡Yo no!
- LUCIA. ¿Pues entónces qué?
- LOR. Unidos con tiernos lazos  
entre mis amantes brazos  
fin á tus penas pondré.
- LUCIA. Entónces... amor yo siento  
cual lo acabas de decir,  
siento impulsos de reir  
é impulsos de llorar siento.  
Á veces gozo de calmaa  
y otras abrigo temor,  
primo, no hay duda que amor  
es lo que siento en el alma.
- LOR. ¿Amor sin límites?
- LUCIA. ¡Sí.
- LOR. Mas... ¿quién ese amor te inspira?  
(Doña Amparo aparece en la puerta del fondo, y  
al escuchar la pregunta de Lorenzo, no avanza  
hácia el escenario hasta que la accion lo indica.)
- LUCIA. Pues no sabes que respira  
mi pecho sólo por tí?
- AMPARO. ¡Qué es esto!
- LUCIA. Felicidad  
tan sólo encuentro á tu lado.  
¡Mi madre! (Viendo á Doña Amparo.)
- AMPARO. Que ha penetrado  
cuál era tu enfermedad.  
(Lucía y Lorenzo dan muestras de la mayor tur-  
bacion.)

## ESCENA VII.

DOÑA AMPARO, LUCÍA y LORENZO.

- AMPARO. ¿Te has asustado?
- LUCIA. Un poquito.
- AMPARO. Alza la frente, hija mia.
- LOR. Tu madre es buena y te quiere.
- AMPARO. Ven.
- LUCIA. ¡Ay! madre, no me riñas.
- AMPARO. ¿Reñirte?

- LUCIA. Sé que hice mal,  
pero impedir no podía  
que pronunciasen mis labios  
esas palabras sentidas  
que en el fondo de mi alma  
ocultar aún pretendía.
- AMPARO. ¡Y por qué no confesarlo,  
por qué engañarme querías?
- LUCIA. Porque yo era la engañada  
sin conocerlo yo misma.
- AMPARO. Mas tú, Lorenzo...
- LOR. Yo... ¿qué?
- AMPARO. Responde ¿qué la decías  
para que te revelase  
su pensamiento mi hija?
- LOR. No es natural que lo oculte  
y quiero ser franco, tia.  
Por complacer á mi padre  
usted sabe, y no se admira,  
que hace ya bastantes años  
que yo estudio teología.  
Todo fué fácil al pronto  
é iban pasando los dias  
hasta que advertí que ya  
era una mujer Lucía.  
Siempre juntos, siempre solos,  
ella cándida y yo artista  
me entusiasmaron las gracias  
y el encanto de mi prima.  
Luché, mas qué quiere usted,  
alma y corazon tenía,  
y aunque ambos callaban siempre  
mis ojos claro advertian  
que cada mes que pasaba  
ella estaba más bonita.  
Hoy no pude resistir;  
la dije lo que sentía,  
y aunque mi padre se empeñe  
no há de labrar mi desdicha.
- AMPARO. Es grave lo que me cuentas.
- LUCIA. Qué será, cuando te diga  
que hácia aquí viene mi tio!

LOR. Si usted nuestro bien ansía  
y protege estos amores,  
que su apoyo necesitan,  
haga usted porque mi padre  
no se oponga á nuestra dicha.

AMPARO. Á labrar vuestra ventura  
mi corazón solo aspira,  
más no ignoras que sobre él  
poder no tuve en la vida.

### ESCENA VIII.

DICHOS, D. TOMÁS.

LUCIA. Hola tío.

AMPARO. Hola, Tomás.

LUCIA. ¿Como está usted?

TOMAS. Muy solícita

te encuentro por la mañana,  
y es cosa que no se explica  
en tí con todos amable  
y solo conmigo arisca.

LUCIA. ¿Arisca yo?

TOMAS. Ya lo creo.

LUCIA. Toma usted unas manías.

TOMAS. Lorenzo, ¿estudiaste mucho?

LOR. Sí señor.

TOMAS. ¿Y ahora que haciais?

LUCIA. Ay mamá, díselo tú.

LOR. Ay, dígáselo usted, tía.

TOMAS. ¿Es secreto?

AMPARO. No, Tomás,  
contigo no los tendrían.

TOMAS. Parece que mi presencia  
os disgusta y contraría.

AMPARO. Es que el caso es algo grave.

TOMAS. Habla, Amparo. (Con impaciencia.)

AMPARO. Tú la dicha

anhelaras de tu hijo  
como yo la dé mi hija.

Pues bien, escucha, Lorenz  
hace poco me decía...

que... quiere casarse.

TOMAS. ¿Cómo  
¡Casarse!

AMPARO. ¿Y eso te admira?

TOMAS. ¿El casarse? ¿Y su carrera?

AMPARO. Ve que aún no está concluida.

Apenas diez y seis años

tu hijo Lorenzo tenía

cuando tú le preguntaste:

—«Qué carrera seguirías

por tu gusto?»—Él contestó:

—«Haré lo que usted me diga»

Tú le dijiste.—«Sé clérigo,

si así no te contrarías;

y él accedió sin saber

lo que entonces prometía.

Fueron pasando los años,

y hoy claro el amor le indica

no puede ser sacerdote.

TOMAS. Eso es una tontería.

AMPARO. Digo que quiere casarse.

TOMAS. ¿Pero con quién?

AMPARO. Con su prima.

TOMAS. ¡Con su prima! cállate,

no ves que es una chiquilla.

(Lorenzo y Lucía permanecen como avergonzados.)

AMPARO. Tomás, hace poco tiempo

que en nuestro jardín crecía

un rosal, entre sus hojas

apenas se descubrían

algunos tiernos capullos,

como esquivando la vista

de los rayos refulgentes

que su color encendían.

Cerca del rosal, é inmóviles

las crisálidas dormían

con su impenetrable sueño

esperando la hora crítica

de romper su débil cárcel

y tender por la campiña

sus ténues y puras alas

que el sol de color matiza

Tomás, cuando esta mañana  
bajé al jardín con Lucía,  
ví que los tiernos capullos  
eran rosas purpurinas  
que embalsamaban el aire  
con las esencias más ricas;  
y ví aquellas pobres larvas  
que despertando á la vida,  
sobre las flores, gozosas  
sus leves alas batían.

Para operar este cambio  
á Dios le ha bastado un día  
tan solo, pues bien, Tomás,  
claramente no te explicas  
que una mujer pueda ser  
la que ayer era una niña?

TOMAS. Basta de comparaciones  
y basta de poesía,  
ustedes me han engañado  
y serme fieles fingían.  
Amparo, la culpa es tuya,  
pues de una manera inicua  
has hecho que mi Lorenzo  
se enamore de tu hija.

AMPARO ¡Yo, Tomás!

TOMAS. Mirarla en breve  
establecida querías,  
y no hallando digno de ella  
entre los que el pueblo habitan  
más que á Lorenzo, sin duda  
con halagos le dirías  
que de su fé se olvidase  
para querer á esta niña,  
más no puedo consentir  
su casamiento, en mis días  
no he de otorgar el permiso.

AMPARO. ¿Y labrarás su desdicha?

TOMAS. (Á Lorenzo.)

No es su desdicha. ¿No es cierto  
que ser sacerdote ansías?

LOR. No, padre, eso no es posible,  
ántes perderé la vida,

pues conozco demasiado  
que virtud me faltaría,  
y es la condicion primera  
que un clérigo necesita.  
De la existencia de Dios  
tengo convicciones íntimas,  
pero con mucha frecuencia  
se pierde mi fantasía  
entre las cosas mundanas  
y los ensueños de artista.

TOMÁS. ¡Que esto escuche con paciencia!  
¡Si hace tiempo que sabías  
que vocacion te faltaba  
y que era tu fé mentira,  
si no pensabas ser cura  
por qué no me lo decías?  
Hoy tus estudios ya hechos,  
tu carrera concluida  
ó poco ménos, ¿qué harás?  
Seré pintor.

LOR.

TOMÁS.

¡Qué manía!

LOR.

Padre, de tan gran idea  
no intente usted que desista,  
pues aunque yo lo ambicione  
no es fácil que lo consiga.  
El águila en raudo vuelo  
se alza á la region vacía  
y este miserable mundo  
desde las cúspides mira.  
Pues bien, águila es el genio  
que mi corazon ansía,  
águila que se remonta  
á los cielos atrevida,  
y más allá que los cielos  
si es posible todavía.

LUCIA. Tio, sea usted amable.

TOMÁS.

¿Y don José, qué diría?  
Tú harás lo que bien te plazca,  
más no esperes te bendiga  
ni te perdone tu engaño,  
ni á tu casamiento asista.

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, D. JOSÉ.

D. José entra por el fondo estregándose las manos y dando las mayores muestras de satisfacción.

AMPARO. Aquí viene Don José.

JOSE. ¡Albricias!

TOMAS. ¿Qué pasa?

JOSE. ¡Albricias,  
traigo muy buenas noticias.

AMPARO. ¿Buenas noticias?

JOSE. Sí á fé.

TOMAS. Albricias en esta casa.

JOSE. Lorenzo, mi enhorabuena.

TOMAS. (Sí, pues la ocasion es buena  
cuando sepa lo que pasa.)

JOSE. Mi buen amigo Ramon,  
que de Madrid ha llegado,  
me ha dicho ha sido premiado  
tu cuadro en la exposicion.

TODOS. ¡Cómo?

LUCIA. ¡Qué felicidad!

LOR. ¡Yo un premio!

JOSE. Vaya, el primero.

LOR. ¿Se engañará el mensajero?

JOSE. No se engaña, que es verdad.

TOMAS. ¡Primer premio!

JOSE. Sí señor,  
y además comprado ha sido.

TOMAS. Siempre estuve convencido  
de sus dotes de pintor.

LUCIA. ¿Usted convencido? Sí,  
porque hoy le ofrecen coronas,  
le llamaba *pinta monas*  
cuando me pintaba á mí.

AMPARO. Niña. (Reprendiéndola.)

JOSE. Conque deja el ocio,  
pintar es tu porvenir,  
que juntos bien pueden ir

el arte y el sacerdocio.  
Si el mundo su admiracion  
entusiasta al genio entrega,  
y ha habido un Lope de Vega,  
un Tirso y un Calderón;  
pues Dios tan divino dote  
otorgó á tu fantasía,  
deja que en la patria mía  
haya un pintor sacerdote.

AMPARO. Pero el caso es, don José,  
que no quiere serlo ya.

TOMAS. Intenta casarse.

JOSE. ¡Bah!

es imposible.

LUCIA. ¿Por qué?

LOR. Padrino, bien sabe el cielo  
cuánto en mi vida he luchado,  
cuanto tiempo he vacilado  
para realizar mi anhelo,  
pero una quimera vana  
hoy mi resistencia ha sido.

TOMAS. Sí, Lorenzo ha preferido  
el amor á la sotana.

LUCIA. Vamos, todo se concilia  
si lo quieren al momento. (Á D. Tomás.)  
¿Se quedará usted contento  
si hay un cura en la familia?

TOMAS. Esa fuera mi ventura.

LUCIA. Pues piense en lo que le digo;  
este se casa conmigo, (Por Lorenzo.)  
tío, y usted se hace cura.

JOSE. Nada, puesto que él ya tiene  
resuelto mudar de estado  
conocerá demasiado  
todo lo que le conviene.

Dejémosle, dominar  
no pudo su corazon  
y al faltarle vocacion  
no se la podemos dar.

(Se dirige á Lorenzo.)

Yo nunca sacrificarte  
he podido concebir,

trabaja, tu porvenir  
está en el campo del arte.  
Toma el pincel, cuadros crea  
con tu talento profundo,  
y sé el asombro del mundo  
desde el fondo de tu aldea.  
Sigue de la gloria en pos  
donde el genio te encamina,  
que el arte es cosa divina  
y lo divino es de Dios.

AMPARO. Que consentas es preciso.

TOMAS. Sí, ya resistir no puedo,  
Lorenzo, yo te concedo  
para casarte permiso.

LOR. ¡Padre!

JOSE. Yo los casaré.

LOR. ¿Cómo pagarle podría...

JOSE. ¿Estás contenta, Lucía?

LUCIA. ¡Ay, que bueno qué es usted!

JOSE. Respeto las afecciones  
y ver unidos anhelo  
vuestros puros corazones;  
hijos, las buenas acciones  
abren las puertas del cielo.  
Igual podeis conseguir  
la gloria eterna los dos,  
que no es preciso vestir  
sotana para cumplir  
con los preceptos de Dios!  
(Cae el telon.)

**FIN DE LA COMEDIA.**







# PUNTOS DE VENTA.

---

## MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2.

## PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.